

CAPÍTULO II

PRIMEROS AÑOS DEL DESTIERRO

Algunas noticias preliminares

El desastroso espectáculo que el viajero de África encontraba con frecuencia en su camino en tiempo de la trata de negros, las filas de desgraciados conducidos por el látigo del mercader de esclavos y ligados unos a otros, era algo común y ordinario en la época poderosa de Nínive y Babilonia. Los bajorrelieves asirios nos muestran con un realismo aterrador las filas de cautivos, los brazos atados a la espalda de un modo que debía constituir una insoportable tortura, marchando encorvados y humillados bajo el palo, para mayor gloria del vencedor. Fue así como los notables de Jerusalén hicieron el largo y cruel viaje de Jerusalén a Ribla (más de 80 leguas). La muchedumbre desterrada fue también de esta forma conducida a Ribla y de allí a través del desierto de Palmira, a la confluencia del Éufrates y el Cobar. Al verlos caminar de este modo las gentes debieron preguntarse: «¿Dónde está su Dios?» Y los piadosos israelitas murmurarían: «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado!»

Exceptuando a los hombres de guerra, muertos o refugiados casi todos en Egipto, y a los hombres de condición baja, que se quedaron en Judea, la nación judía (y hablamos de lo que constituye una nación, es decir, la cabeza) se encontró transportada a orillas del Éufrates el año 585 antes de J.C. Iba con ellos la parte esencial de la nación, las viejas escrituras que formaban ya un volumen bastante considerable. Los desterrados llevaban sus equipajes, cargados en borricos o camellos. El destino de la humanidad dependió durante algunos días de la seguridad del pie de un animal, que llevaba el libro sagrado del porvenir. Ignoramos si quedó algún volumen de escritura en Judea, pero ciertamente las familias llevadas a Oriente continuaron la tradición literaria.

La mayoría de los transportados fueron llevados a Babilonia; a otros se los dispersó por los pueblos situados a lo largo de los canales de la Baja Caldea. Babilonia era una provincia más que una ciudad. Numerosos centros de población estaban sembrados en un espacio enorme cercado por muros. Las razas más diversas unidas por el cautiverio se encontraban en aquel recinto. Era escaso el contacto intelectual y moral entre ellas. Sólo la conquista las había reunido y no aspiraban más que a sepa-

rarse. El puente que unía ambas partes de la ciudad se elevaba todas las noches, para que los diferentes pobladores no se atacaran y saquearan mutuamente.

Nabucodonosor había sacado a Babilonia de un largo período de rebajamiento al llegar allí los judíos deportados. Los últimos años de su reinado, especialmente, fueron dedicados a obras gigantescas para el abastecimiento de aguas. Nada demuestra que se dedicaran a éstas los judíos, cuyas ocupaciones parece que fueron más bien agrícolas. El comercio y la industria de Babilonia eran inmensos y excitaban la ira de los profetas; pero la parte laica del pueblo seguramente los vería más amigablemente y quizá tomara en ellos parte activa. Su relación con la población inferior, que hablaba arameo, llevó a los emigrados a hablar este idioma cuyo dominio se extendía entonces por toda la cuenca del Éufrates y el Tigris. Todos lo aprendieron, pero sin olvidar su idioma nacional. Los *soferim* siguieron escribiendo en el antiguo dialecto hebreo.

Materialmente la situación de los judíos no era la de esclavos, sino la de transportados o internados, con libertad para todo, menos para cambiar la residencia. Muchos judíos se dedicaron a diversas profesiones, que les dieron cierto bienestar. Casi todos obtuvieron concesiones de terrenos donde pudieron edificar casas y plantar jardines. La mayoría se encontraba a gusto en una situación que los libraba de los azares de la guerra. Únicamente los pietistas soñaban con regresar a Sion. Seguían pobres, y odiaban a los que se hacían ricos, casi siempre sirviendo a los lujos y vicios de sus amos.

La desdicha no había significado entre los desterrados la igualdad y la concordia. Los ricos poseían esclavos y los trataban bastante mal. Las familias sacerdotales y patricias conservaban todo su orgullo. En cambio muchos pobres, para vivir, tuvieron que venderse como esclavos, y los hombres piadosos consideraban un deber pagar su rescate.

Apenas hubo relación entre Israel y las clases superiores de Babilonia. Muchos judíos se hicieron criados de la nobleza caldea y tomaron nombres caldeos, sin que les importase gran cosa el paganismo de tales nombres. Podemos imaginarnos en Babilonia dos clases superiores de la sociedad caldea, ambas poco aptas para ejercer en un pueblo como Israel influencia duradera: primero, una clase guerrera dura y cruel, semejante a pieles rojas, malos y orgullosos; después, una casta sabia, ya racionalista, naturalista, atea, a quien Grecia iba pidiendo sus primeras lecciones. Ambas aristocracias eran la negación más directa del Dios de Israel. Ocho o nueve siglos antes, Israel, con toda su flexibilidad de tribu joven, pudo gozar ávidamente los relatos grandiosos de la antigua mitología de los Casdim; pero una nación fanatizada ya por Jeremías y Ezequiel era incapaz de comprender una civilización que por medio de la filosofía había llegado a negar los dioses y la providencia. La Asiria militar, conquistadora, casi sin religión, únicamente inspiraba horror al sentido moral desarrolladísimo de los verdaderos hebreos. Babilonia no era más que el mal.

Los levitas, que abundaban desde el tiempo de Josías, eran pordioseros entre los emigrados. Hicieron causa común con los *anavim* y aumentaron la masa de aquellos pobres de Dios, que esperaban sólo de Jehová

el pan y la salvación. Los sacerdotes sufrían también mucha miseria, pues no podían celebrar sacrificios fuera del templo de Jerusalén, según la reforma de Josías. Probablemente los sacerdotes y levitas fueron los que más propagaban las ideas de regreso y restauración.

Los judaítas desterrados seguramente no tuvieron contacto con grupos considerables de israelitas deportados muchos años antes. Éstos ya habían casi perdido su culto y ofrecían a Jehová sacrificios que debían parecer sacrilegios a los judaítas.

La cautividad de Babilonia fue lo que hizo definitivamente de Israel un pueblo de santos. La corte y la clase militar, siempre rivales de los profetas, ya no existían. Los numerosos levitas conservaban su afición a lo religioso. Los tibios e indiferentes se establecieron en Oriente, donde no les faltaron empleos lucrativos. Los pietistas se unieron y se exaltaron al acercarse. Generalmente, discípulos de Jeremías, afirmaron más que nunca el porvenir de Israel y la justa providencia de Jehová. Aquél fue el momento decisivo. La crisis que no destruye una conciencia naciente, la fortalece. El judaísmo fue desde entonces un haz con aros de hierro.

Lo que más impresiona de la actitud moral de los representantes del pueblo judío en aquel momento histórico, es su inflexibilidad, su persistencia en crear y esperar, a pesar de las apariencias. Sería exagerado atribuir este sentimiento a toda la nación. Los exaltados siempre son pocos, pero son los únicos que escriben y legan su pensamiento al porvenir. Nadie se acuerda de los vencidos por la idolatría, mientras que la protesta de los fanáticos ha llegado a nosotros, clara y retumbante como el sonido de un clarín.

Nabucodonosor, realmente, había trabajado sin saberlo para los *anavim*, como Tito trabajó para los cristianos. Jeremías demostraba haber tenido razón. Sus discípulos vencían. Sus verdaderos enemigos, los mundanos y los militares de Jerusalén, los que soñaban con una política profana y con el trato de los extranjeros, habían ya desaparecido todos. Uno de los elementos de lucha venció al otro. Los *anavim*, hasta entonces minoría perseguida, serán en adelante todo Israel.

Los destinados a cumplir una misión divina lo lograron todo. Los hombres más funestos durante el sitio fueron admirables en cuanto dejaron de dedicarse a la política. Las clases profanas estaban heridas de muerte y la escuela profética, en cambio, más viva que nunca. Jeremías vivía oscuramente sus últimos años en Egipto, pero Baruch, su discípulo, y toda su escuela eran continuadores del antiguo espíritu, del tiempo de Josías. Las tristezas de la nación inspiraban cantos más armónicos que antes.